

# LA VUELTA DE LOS DÍAS

## LA MÚSICA DEL DESIERTO

ELIOT WEINBERGER

POCAS COSAS SABEMOS DE CIERTO ACERCA de las líneas de Nazca, aparte de que son inmensas. Extendiéndose sobre casi 200 kilómetros cuadrados de paisaje lunar, sin lluvia, al sur de Perú, Nazca es un palimpsesto, un pizarrón sin borrar cubierto de líneas rectas y espirales, vastos trapecoides, rectángulos y triángulos truncados y, en un extremo de la llanura, inmensas figuras de aves, peces, monos, ballenas, insectos, flores. Todavía son visibles novecientos kilómetros de líneas; inicialmente acaso hubiera el doble. La más larga mide menos de 7 kilómetros, si bien promedian uno y medio sólo. La figura mayor cubre 15 hectáreas.

Fueron creadas deshaciendo y bariendo el "barniz del desierto"—una capa oxidada oscura—, hasta que aparecía la piedra de abajo, más clara. Así fueron tratadas 650 hectáreas, hará 1000 o 2000 años, por una cultura, o varias, que hoy son llamadas Nasca (ahora con ese) y de las cuales no sobrevive mucho más.

Los españoles nunca repararon en las líneas. Fueron redescubiertas en la tercera década de este siglo, cuando empezaron a volar aviones de Perú a Chile, y desde entonces se ha supuesto que desde el aire es el mejor modo de verlas, incluso que estaban destinadas a ser vistas así. A principios de los años setenta ingresaron en la conciencia popular merced a un éxito de librería, *El carro de los dioses*, donde se sostenía que casi todos los logros humanos del pasado remoto fueron realizados o dirigidos por extraterrestres. Las figuras de Nazca servían para convocar naves espaciales y las líneas eran pistas de aeropuerto, si bien no quedaba muy claro por qué una nave espacial necesitaría una pista.

Por supuesto, no han faltado interpretaciones más sabias de las líneas—algunas no menos extravagantes, casi todas espejos de intereses propios. Hay astrónomos y arqueólogos que creen que las

líneas están orientadas celestialmente con rigor. Alexander Thom, ingeniero famoso por su labor en Stonehenge, las juzgó ante todo como una inmensa proeza de ingeniería. Maria Reiche, matemática alemana que llegó en 1932 y desde entonces es la guardiana autodesignada de la llanura (ese extraño fenómeno de la alemana que toma por su cuenta determinado emplazamiento arqueológico o grupo tribal: "Om Seti" en Luxor o Gertrude Blom entre los lacandonos de Chiapas), supone que las figuras zoomorfas contienen una geometría esotérica; sus teorías recuerdan algunas acerca de la Gran Pirámide de Giza. Un arqueólogo pensó que las líneas eran para los corredores de una olimpiada andina, a quienes descubrió completos, con camisetas de equipos y distintivos de cabeza, representados en la alfarería. Otros creyeron que la llanura era un cementerio y un lugar para ceremonias en honor de los muertos. En los años setenta, artistas de "obras terráqueas", como Robert Morris, se apropiaron de Nazca como antepasado de sus proyectos, considerando que era producto de actos puramente estéticos.

Durante los últimos diez años han trabajado en Nazca algunos de los mejores arqueólogos y etnógrafos de América Latina, incluyendo a Anthony Aveni, Gary Urton y R.T. Zuidema. No sólo han establecido el primer plano completo de la llanura, sino que han recorrido la mayor parte de las líneas. Y han fundado sus especulaciones en dos supuestos innegablemente razonables: primero, que no hubo naves espaciales ni aeronaves precolombinas: las líneas eran para ser vistas desde el suelo o desde colinas adyacentes. Segundo, que lo que sabemos de otras culturas andinas—los incas, descritos en detalle por los conquistadores, así como grupos actuales—puede ayudar a comprender a los Nasca.

Las conclusiones, provisionales y todo, son tan notables como cualquiera de las teorías previas.

Los valles fluviales que limitan Nazca están habitados desde hace milenios, pero en la llanura misma nunca ha vivido nadie. Durante mil años cuando menos, fue nada más un espacio sagrado reservado para ocasiones ceremoniales. [Y como espacio sagrado, tal vez sea un caso único: a diferencia de las cuevas o *aitas* que conducían al mundo de abajo, de las estupas que definían un espacio no para entrar sino para circunvalarlo, de las iglesias, pirámides y templos que subían hacia el cielo, Nazca era un espacio bidimensional, un horizonte entre los dioses de la tierra y los del cielo.] Evidentemente cambió la índole de aquellas ceremonias: las figuras de animales y plantas son muy anteriores y posiblemente hasta obras de otra cultura; las líneas son rastros de una sociedad mucho más refinada.

Las líneas mismas—ha descubierto Aveni—siguen una disposición: casi todas se conectan con 62 centros radiantes. Unas cuantas son en efecto astronómicas, apuntan al sol en los solsticios, a las brillantes estrellas Alfa y Beta Centauri (que los incas llamaban "Ojos de la Llama"), a la Cruz del Sur y las Pléyades (que eran un "almacén"). Más importante aún: todos los centros radiantes están cerca del agua y las direcciones de las líneas casan con las orientaciones de las corrientes locales. En el centro del llano, en un lugar donde de pronto sale agua del suelo, los Nasca alzaron una ciudad usada sólo para peregrinaciones, abandonada el resto del año. Se llamaba Cahuachi; en quechua *qhawachi* significa "hacerles ver".

Lo que la gente y acaso los dioses de arriba y de abajo debían ver era un mapa de su mundo. Parece no haber duda de

que los centros radiantes se vinculan con el sistema de *ceques* practicado por los incas, descrito primeramente por Pedro de Cieza de León, soldado de infantería que llegó a Perú quince años después que Pizarro, y recientemente descifrado por Zuidema. Los incas, como tantas culturas, se consideraban el centro del universo: llamaban a su tierra, según es frecuente en otras partes, Tierra de las Cuatro Direcciones, *Tawantinsuyu*. Pero, a diferencia de otras culturas, los incas idearon una compleja organización cósmica y social basada en dicha centralidad. Del Templo del Sol, en su capital, Cuzco, irradiaban 41 *ceques*, líneas perfectamente rectas que desdeñaban obstáculos geográficos. Estas líneas, entre lo que sabemos, estaban dirigidas hacia fenómenos astronómicos como una especie de calendario de horizonte, dividían la ciudad de acuerdo con varios grupos sociales y de parentesco, asignaban derechos sobre el agua y —aquí es inevitable la comparación con las Estirpes del Canto de los aborígenes australianos— preservaban la historia de la trasmisión de la soberanía desde los dioses, pasando por los reyes incas, además de contener quizás otras narraciones.

Además, las 41 líneas de *ceques* estaban puntuadas por 328 *buacas*: señales sagradas que eran naturales (cuevas, cumbres, corrientes) o artificiales (pilas de piedras, tumbas, templos). Esta combinación de líneas y señales está relacionada directamente con una de las formas de escritura inca, el *quipu*. Los *quipus*, de los cuales sólo sobreviven 400, eran una serie de cuerdas, ya suspendidas de un trozo de madera, o irradiando de un bucle de sogas más gruesa. Dichas cuerdas eran entrelazadas de incontables maneras con cientos de colores; cada cuerda estaba marcada, en su longitud, con nudos. Todo esto se leía. No sólo se empleaban los *quipus* para inventarios, cuentas y censos —más o menos entre un ábaco y una calculadora—, sino que constituían un sistema completo de escritura, depósito de cantos e historia. La propia palabra "quechua", lengua de los Andes, deriva de *q'eswa*, que significa cuerda.

[En un comentario muy antiguo al *I ching* hay una línea curiosa: "En tiempos primitivos, la gente anudaba cordones para gobernar." Y en una tumba china del siglo II hay un relieve del dios antepasado Fu - Hsi y su consorte her-

mana Nu - Kua con una escuadra de carpintero y un *quipu* personificado. La inscripción dice: "Fu - Hsi el draconiforme fue el primero en establecer el poder real, trazó los ocho trigramas e ideó los cordones anudados a fin de gobernarlo todo entre los cuatro mares." No se han descubierto *quipus* chinos, pero hasta hace poco empleaba una versión rudimentaria la tribu Miao, al suroeste del país.]

Cuzco, pues, estaba organizado como un *quipu* gigante, con las *buacas* como nudos. Y muy probablemente lo mismo pasaba en Nazca. Todas sus líneas están señaladas análogamente por *buacas*: en este caso son hitos (pilas de un metro, de piedras planas) o accidentes geográficos. Nazca era de fijo un diagrama; bien pudo hasta haber sido un texto. [Debe recordarse que en Sudamérica la iconografía de los dioses y, casi de fijo, el sistema de escritura eran *geométricos*: los *okapus* incas tejidos y los *keros* de madera, tableros cubiertos de pautas complicadas que, según los primeros cronistas españoles, se conservaban en bibliotecas; o las enrevesadas figuras de las cestas amazónicas, que todavía hoy son narraciones y canciones. La ciudad imperial, pues, literalmente contenía su propia descripción, por la cual se organizaba: la regía la escritura. La llanura sagrada, vacía de formas vivas, era descripción pura: el mundo vuelto escritura. La llanura era una página, el más misterioso de los lugares sagrados.

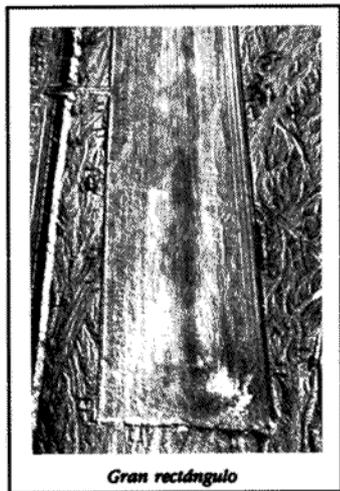
¿Qué ceremonias había allí? Ante todo, el acto de trazar las líneas, función sagrada que probablemente se dividía de acuerdo con los grupos sociales —hay paralelos hasta la práctica andina contemporánea—, los cuales acaso se reunieran para otros ritos en las "plazas" recién despejadas de los rectángulos y trapecoides. En segundo lugar, un destrozamiento ritual de vasijas —el llano está sembrado de fragmentos—, como en las ceremonias de *pollatch* de tantos sitios de las Américas: la afirmación del poder mediante la destrucción de la propiedad propia. En tercer lugar —y vuelve a haber paralelos con prácticas incas y contemporáneas—, una marcha, carrera o danza ritual, siguiendo las líneas. (Hasta las figuras zoomorfas son de una sola línea continua, que nunca se cruza, lo cual sugiere que era para recorrerla, que era un "camino" por seguir. En siglos

pasados se entraba en la ballenidad de la ballena recorriendo la ballena.)

Nadie era enterrado allí. Las líneas, si bien pudieran contener historia u honrar a los muertos, eran una aserción, tal vez una celebración del mundo conocido. Para los Nasca posteriores representaban una marcha sagrada a través del modo de ser de las cosas: el correr del agua y el correr del tiempo, la jerarquía de grupos sociales y la atribución y mantenimiento de derechos de riego y provisiones agrícolas, los dioses vigilando desde lo alto y enviando el agua desde abajo, el movimiento de las estrellas, las antiguas estirpes, quizás el lenguaje mismo. Y eran un homenaje al mundo desconocido: muchas de las líneas se prolongan hasta perderse de vista desde su punto de partida, y es significativo que ninguna línea apunte al rasgo más prominente de la llanura: una montaña, sagrada todavía, llamada Cerro Blanco. La montaña, en el lenguaje de Nazca, era una palabra que no podía ser dicha.

Que haya tantos centros radiantes en el llano se debe probablemente a que diferían los empleados en distintos años. Con el tiempo, las piedras claras vuelven a oscurecerse con el barniz del desierto, pero el simple acto de marchar o bailar por ellas las habría remozado, aclarado de nuevo. Como dijo William Carlos Williams, una nueva línea es una nueva mente.

Traducción de Gerardo Deniz



Gran rectángulo

## A LOS FUGACES MOMENTOS

JAIME MORENO VILLARREAL

EN LA PARTE INFERIOR PUEDE HABER UN puente por el que cruce un hombre en una mula o un leñador que lleve su carga. El puente parecerá muy frágil, como de caligrafía, pero el arroyo apacible no lo amenazaré en esta estación brumosa. Se podría elegir algún sendero para intentar el ascenso a la montaña, entre el roquedal y un bosquecillo, e ir sin prisa y detenerse a contemplar los paisajes que cada curva amplía y estrema, del lado del muro rocoso o del lado de la avenida del arroyo que se ensancha. El principio irá quedando abajo. Hay rastros de hombres, rastros como piedras al paso, fuera de lugar. Luego de una o dos curvas se llega a un caserío en el que asoma la elevada techumbre de una pagoda. El camino aún se alarga, y se ve desgajarse del lado derecho una cañada por la que brotan aguas de manantial que harían cascada si no se dejasen retener a cada salto en breves pozas apreadas por rocas que una en otra y en otra al cabo se disuelven donde se tocan con el arroyo, abajo. Abajo —ahora puede verse— debe ser muy profundo. Es una sensación de siglos ésta, de que la montaña está ahí pero no es inmediata, y que el alma avanza cuando se interna la mirada o el pie en el paisaje. De nuevo se podría intentar el ascenso, ahora por el arroyo, a contracorriente. Si se bordea por la ribera, muy pronto veremos ensancharse la inundada vertiente, de modo que pensaremos sin volver la vista que el puente de bambúes fue alzado en un modesto estrecho que ofrece el único paso entre dos integridades inmensas, como dos valvas que se cierran y hacen de una minucia una perla. Baja siempre el arroyo y agrega las riberas. Cuando se vuelva la vista arriba, el promontorio por donde se ve asomar, desde la desventaja de la sima, aquel caserío de la pagoda, sugerirá un mundo supremo semioculto por las ramas de los árboles en torno. Arroyo arriba hay una cascada profunda en el paisaje y fragorosa, que rompe esta brisa y este silencio. Llega el momento en que no puede seguirse de frente. El sendero se extingue, el cañón se escarpa tanto que los



Retrato de Li T'ai - Po (Li Po), por Leang K'ai (alrededor de 1140 - 1210)

muros de montaña parecerían tragarse el cielo. Así que hay que intentar la escalada por donde se recorta la última falda practicable para, ayudándose con las ramas y los arbustos, subir encaramados al precipicio. Siempre subiendo veríamos de nuevo el pañuelo de la pagoda, ahora por detrás, al seguir por el lado inaparente del paisaje. Llegará el momento en que el templo quede abajo del nivel de nuestra vista, cosa que no producirá indiferencia al corazón. Es preciso darle la espalda para bajar ahora por ligera pendiente hacia la cuenca donde hay un lago confinado por el macizo montañoso. Un lago no bogado, como un puro detenimiento para el reflejo de una cumbre próxima revelada despaesadamente por una nube en verdad inmóvil. No hay ya camino visible; quizás un atajo de viajeros se adivine entre el bosque de flamas blancos que enraizan donde la montaña se parte hacia otro punto cardinal. Esa montaña se rehace en faces que como ondas del mar rompen sus súbitas crestas, oleaje de rocas, miradores que numeran de infinidad el paisaje y se resuelven en momentos geológicos que marcan la memoria de los caminantes. Que no atrape el viajero la noche en una hora de indecisión, dice el peñasco. La montaña, que sigue al que la asciende, abandona al que se pierde. Agua y montaña se despejan en nube confundidas. El lago en el arranque de la cordillera calma la escarpa con su lisura; la montaña le da ideas al espejo de agua que ondea al ras como cordillera que espesara interminablemente; y al fondo, donde se tocan terrenamente fin

y principio, se extiende un prado como recién cortado, con mantos que no se sabe si son de humedad o de flores minúsculas, prado por el que no pasa absolutamente nada que no sea este aliento entre el cielo y la tierra. Ahora es cuando se aclara verdaderamente el terror del ascenso a la montaña. Por este costado, un gran muro se ahonda y multiplica. Detrás de la cima se suma otra montaña, hermana un poco mayor sugerida por la sombra, en cuyas fallas parece hendirse una senda escalonada que sugiere la vida de un genio del bosque o un ermitaño. Profundo refugio vacío. Pero detrás se yergue ya otra cumbre, suntuosa lejanía sin verdadero anhelo. Y ya que la mirada se posa, surgen una y otra más insinuaciones de alturas sucesivas e inabarcables, cada montaña tan presente como si tuviera un nombre en nuestro espíritu, pero indefinidas como si participaran de otra esencia. A fuerza de contemplarlas abatiremos la vista por no poder contener la pluralidad de sus aspectos. La montaña nos ha cegado sin resplandores. Nos impulsará ahora a rodear el lago guiándonos por el oído. Todo viaje en rodeo tiene algo de extremo, hasta que se da con su verdadero corazón: detrás de un promontorio humillado aparece la ermita, una cabaña que abreva o desfallece junto a la desembocadura de un arroyo joven, no impetuoso, que habrá de sugerir posteriores nieves eternas o crecidas de aguaceros de aluvión a una vista que ya sabe que no alcanza. Y el arroyo es tan delicado; pensar que las cumbres no le son ajenas. Quizás el ascenso deba beber de lo

frágil, y entre las formaciones de nubes que hacen a la luz distraerse de lo evidente, cruzar por ese juego de cuerdas que mejor parece el engaño de un ramaje. ¿Es un puente colgante? Y ese súbito chillido más fuerte que los cantos y gorjeos, ¿son las garzas que surcan el precipicio entre dos cimas, o monos hembras con sus crías que se encaraman, o fue algo interior que se remedió en el pecho? Y este pesado silencio sospechable que lo sigue, ¿es el silencio del tigre o la pura suspensión del aliento? ¿Qué hora es? En lo alto, bosques y quebradas, senderos, formaciones de roca y miradores penden hacia elevaciones mayores, y nos abisman.

El paisaje que el peregrino ha caminado en sus años, lo ha contemplado también en pinturas que desenrolla con las manos. Conforme el rollo se abre va surgiendo vertical y horizontalmente la vista. El paisaje es, del hombre, lo que no se esconde. No hay que apurar la visión. Así como cada pincelada es única, cada vez que se desenrolla el pliego es una vez única. Dejar que ocurra el paisaje es como si las manos y la vista se detuvieran de repente al leer un poema para mirar un trazo ideográfico. Interrupción que no interrumpe es ese detenerse en la profundidad del movimiento. Se ve, hasta contemplar lo que es vacío. Por eso, cuando el poeta admira el paisaje no domina el caserío, el valle o la desembocadura. Ahonda más allá de la comarca, a donde la montaña se traspasa en nube, a donde el cielo se pierde y el color se desvanece. Solamente mira. Basta con que mire.

## LA FAMA: PÉRDIDAS Y GANANCIAS CONVERSACIÓN CON ADOLFO BIOY CASARES

DANUBIO TORRES FIERRO

EL PREMIO CERVANTES, DE ESPAÑA, Y EL Alfonso Reyes, de México, son las distinciones internacionales más recientes que recibió Adolfo Bioy Casares. Forman parte —y de alguna manera lo coronan— de un proceso de reconocimiento que

comenzó a desencadenarse en los setenta, momento en el que sus cuentos y novelas empiezan a ser traducidos, en el que la crítica especializada se vuelca hacia una obra que se revela como una de las más originales en lengua española y en el que, coincidentemente, el boom de la literatura latinoamericana alcanza

su mayor difusión. Pero es evidente que hay, en el éxito de Bioy Casares, un retintín escandaloso que, si se le conoce personalmente, se alza hasta la perplejidad. ¿Por qué? Porque la labor que ha desarrollado el autor es, en estos tiempos revueltos que corren y en el recto sentido moral del término, *ejemplar*:

está hecha de entrega y tesón, de voluntad creadora, de trabajo callado y escrupuloso, de huida deliberada de los modismos y las modas literarias, de repudio al exhibicionismo narcisista y de apuesta, entera y rotunda, a los atributos de la sensibilidad, la inteligencia y la metódica paciencia. Cualidades raras —que desembocan, bien administradas como están, en el clásico *dur désir de durer* eluardiano—, cada vez más infrecuentes en un medio que se ha pervertido por la corrupción ideológica, el mercantilismo editorial y la alcahuetería de los *mass-media* y que pareciera que no acaban de acomodarse a esta actual exaltación triunfalista. Como todo auténtico creador, Bioy Casares ha sido —y debe subrayarse porque ello ayuda a valorar mejor su actitud— un navegante solitario para el que la irrupción de la fama en su travesía se asemeja a aquel pistoletazo de Stendhal que resonaba en medio de un concierto. Todos, de una manera o de otra, nos aturdimos. Y no porque seamos incapaces de dar la bienvenida a esa valoración y de alegrarnos por ella, sino porque se premia, ruidosamente, a una trayectoria que fue concebida y desplegada en el progreso de un estilo y una estrategia muy personales y que quisiéramos reservar, incontaminada, para nuestra estricta intimidad.

¿Se modifica la condición más personal del escritor con el halago y los agasajos, se funda un nuevo pacto entre él y su obra y entre ésta y el lector? "Quiero creer —argumenta Bioy Casares— que, en el caso, se trata más del éxito de mis libros que de otra cosa. El éxito personal es siempre muy relativo y no te colma sino de incomodidades. Quiero decir, y me perdonas, te colma de reportajes, de entrevistas y cosas similares, que te entristecen porque te dan una imagen de ti mismo muy pobre, muy peregrina. Cada vez que leo un reportaje que me han hecho siento que no he pensado bastante, que tendría que haberme dedicado al arte del periodismo y hacer algo nuevo, original. No repeterme ni mostrarme tan terriblemente limitado, yo, que digo que mis personajes son limitados; pero ellos lo son por comodidad y no quisiera parecermeles en este sentido. Además, y eso sí que es un estorbo, en estos trances la vida pública aumenta de manera desmesurada y eso impide el desarrollo normal de los días. ¿Te confieso algo? Cuando me entrega-

ron el Cervantes, en Madrid, alguien me preguntó si pensaba continuar escribiendo. No tuve otra reacción que pegar un salto de alarma... La fama, si quieres que te lo diga con una metáfora, se me asemeja a un viaje en tren que te lleva rápido por distintas estaciones y no te deja bajar en ninguna a disfrutar el paisaje. ¿No es atroz?". Puede ser atroz, sin duda; pero el malentendido, para decirlo con la fórmula wildeana, forma parte de la ambigüedad escurridiza de los avatares humanos que el propio Bioy Casares ha ilustrado con inquietante prolijidad en unos personajes que se sitúan en esa zona fronteriza, vagamente concreta, entre la realidad y el sueño, lo alcanzable y lo inalcanzable, lo material y lo huido. En todo caso, y más allá de cualquier literatura que se haga al respecto, hay una especie de justicia histórica en estos reconocimientos que reconforta. "Es verdad. Pero uno ha vivido tanto tiempo en la convicción de que eso no importaba, porque si importaba te morías, que ahora, cuando llega realmente, carece de interés. Ser más leído es el único dato que me proporciona cierto placer. Porque siempre he escrito para ser leído. Y escribir para ser leído y que los libros no salgan del sótano de una librería es un poco melancólico..."

## II

¿Cuál es el lado positivo —por llamarlo de algún modo— de este desbarajuste en el que el escritor (lo asegura él mismo) "debe hacer un esfuerzo para seguir escribiendo"? En este sentido, lo que ocurrió en México es sintomático. Quien esto escribe sabía, por haber vivido en el Distrito Federal durante años, que Bioy Casares cuenta allí con lectores atentos y devotos que lo siguen de cerca, lo quieren y lo respetan: la inteligencia que ilumina sus libros, la sabiduría literaria que los habita, el gusto estético que los recorre y, sobre todo, el refinamiento de una sensibilidad que no desfallece, son los datos que más se valoran entre ese círculo de espíritus afines. No es casualidad, por tanto, que cuando Bioy Casares recibió un homenaje público en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 2 de julio pasado, la enorme sala estuviera colmada de una concurrencia disciplinada y fervorosa. Hubo una doble revelación. Por un lado,

allí comparecía, entre estudiantes jóvenes, un escritor que esgrimía como sola carta de triunfo su fidelidad a una idea de la literatura y su esfuerzo incansable por extraer de ella la epifanía creadora y que —dato singular en ese contexto— no había tenido, en sus largos años de actividad, ninguna actitud "comprometida" social o políticamente, de esas que hasta no hace mucho constituían, para un auditorio semejante, el único pasaporte válido para el entusiasmo militante. Fue un signo de que los tiempos cambian. Y, por otro lado, las intervenciones que se produjeron en la oportunidad estuvieron marcadas, todas, por un conocimiento entrañable y juicioso de la obra del autor. Así, y para poner un ejemplo, Adolfo Castañón (uno de los críticos más agudos de las nuevas generaciones) sostuvo que

he leído a Adolfo Bioy Casares desde 1969. Su nombre y su obra van naturalmente unidos a los de Jorge Luis Borges y de José Bianco. En su compañía he seguido fiel a esa sombra plural formada por ciertos escritores amigos de la revista *Sur*. Esa admiración compartida me ha llevado a imaginar que mi lealtad no se dedicaba a unos autores aislados sino a una gramática, digamos a una tradición sigilosa. Lo he frecuentado en el curso de mis edades. El adolescente se entregó cautivo a sus máquinas, sucumbió a sus juegos con el tiempo y la cirugía, persiguió como un eco la correspondencia entre los tejidos del sueño y las tramas del cielo. El joven, menos intoxicado por discursos aparatosos, volvió a ser capturado unos años más tarde cuando encontró en sus novelas y cuentos los rostros que le hurtaba, como hoy, la realidad. Se desdobló el autor de experimentos y apareció un observador sagaz y simpático del distante prójimo. El teatro de las ideas ganó profundidad con la comedia de la vida retratada.

"Este es, señala ahora Bioy Casares, cuando se le leen estas líneas, el lado maravilloso de lo que me está ocurriendo: descubro, con emoción, que no sólo tengo lectores sino amigos que yo ignoraba olímpicamente. Por nada del mundo me hubiera permitido sacrificar el conocimiento que de ellos he hecho. Y aquí se deben destacar dos cosas. La primera es que, por fortuna, nunca sentí que en mi país hayan sido hostiles hacia

mí y mi obra, algo que importa porque así uno se siente confortado y fortalecido y, la segunda, que fui gratamente sorprendido por la sensibilidad y la inteligencia de los mexicanos. Abomino de los discursos y, cada vez que debo enfrentarme a ellos, lo hago con cansancio y resignación; pero en México, al escuchar a quienes hablaban de mí, supe que el género puede ser redimido por la fineza y la sabiduría complementadas —hay que insistir— por la sensibilidad. A mí, desde época muy temprana (aclarémos: desde que en *La nación* apareció una nota muy dura hacia un libro mío, hace ya muchos años), lo que dice la crítica no me interesa demasiado y la leo poco y nada porque quedé definitivamente vacunado contra ella. Sin embargo, en México, sentí que me conmovía porque se hablaba de cosas que a mí me importan de verdad. ¿Qué encontré de distinto a nosotros, me preguntas? Creo que hay, en general, una actitud menos arrogante, más adulta y civilizada hacia el hecho literario autónomo y hacia la tradición estética en que ese hecho se ancla. No deja de ser asombroso que sea así, cuando se sabe que allí hay 30 millones de marginados y cuando, en la calle, se detecta que el prójimo que camina por ella tiene poco en común con uno".

## III

En los últimos tiempos, Bioy Casares estuvo dos veces en el Uruguay. Primero en Salto, en el hotel Horacio Quiroga, a donde fue acompañado por su hija Marta y en donde se le hizo un homenaje que estuvo entrecerrado, para él, con nostalgias de un pasado más o menos remoto en el que aparecen las som-

bras de Jorge Luis Borges ("Él y su madre tomaban, en Buenos Aires, una lancha que los llevaba hasta allí"), de Enrique Amorín y de la historia compartida entre argentinos y uruguayos. Después, ya en fecha más reciente, y en Montevideo, fue declarado huésped oficial por el Gobierno y se realizaron varios actos en el Instituto de Cooperación Iberoamericana con la presencia de especialistas en su obra. "Siempre te he dicho, y debes acordarte, que siento un enorme cariño por tu país. El hecho de que aparezca y reaparezca en mis libros es, sin duda, sintomático: cada dos por tres, y sin que pueda yo evitarlo, se desliza en las tramas que invento. ¿Se trata de una idealización? No, no lo creo. Más bien, si quiero ser sincero, debo decir que ustedes, los uruguayos, me parecen idénticos a nosotros, los argentinos, pero a la vez mejores. Esa impresión se confirmó en estos viajes. Por un lado, Salto me resultó un lugar extraordinario y allí conocí a Isidra Solari y a su esposo, una pareja espléndida por su don hospitalario y su simpatía, y Montevideo confirmó —por decirlo así— todas mis esperanzas: no acepté salidas fuera de la ciudad ni visitas guiadas porque me dediqué, en los ratos libres, a caminar y a recorrer sus calles con la grata y muy infrecuente impresión de pertenecer al lugar, de que podía ser un montevidiano más. Por otro lado, acabo de enterarme de que mi candidatura al premio Cervantes fue propuesta por la Academia de Letras de México y por la del Uruguay, un gesto que, como corresponde, me ha llenado de agradecimiento hacia los dos países. En Montevideo —y la anécdota, en este contexto, importa— fui recibido por el doctor Lacalle, tu presidente, en una entrevista informal, ajena a esos

protocolos que a mí me asustan y que fue un acto placentero porque estubo, como debe ser, lleno de vida".

## IV

El primero y el gran mérito de la *summa* de Bioy Casares es el de existir, el de que se corporice en una abultada colección de volúmenes que nosotros, sus lectores, agradecemos gratificados y felices. Es fama que una ancha tradición propone que una obra literaria es autónoma, se rige por sus propios mecanismos y resultados y debe ser juzgada por sí y ante sí, sin vincularla a la figura o a la biografía de su autor y sin que la presencia de éste constituya, allí, un dato determinante. Es posible que así deba ser. Pero frente a Bioy Casares y sus libros esa tesis se derrumba: uno y otros participan de un mismo temple seductor hecho —hay que repetirlo— de inteligencia creadora y elegante sobriedad expositiva. Hace tiempo, en una entrevista a la lejana y que es oportuno recordar ahora, Bioy Casares me dijo que "los personajes de mis novelas pueden parecer muy tenues a gente acostumbrada a leer novelas de escritores que tienen la costumbre de crear personajes más que preocuparse por el argumento, como es mi caso, pero para mí eran muy reales, y estar entre ellos, dejarlos actuar, representaba una gran felicidad. Porque sabía lo que tenía que escribir, era como si de algún modo todo fuera más o menos necesario, sucediera realmente que los personajes hablaran a través de mí. Yo no creía eso, me parecía una tontería, y, sin embargo, comprobé que es cierto: los personajes hablan a través del escritor."

## BALANCE POLÍTICO

ENRIQUE KRAUZE

AL ESCRIBIRSE HOY LA ÚLTIMA PALABRA ACERCA de la querrela en San Luis Potosí, es hora de sacar algunas conclusiones sobre el estado actual de nuestro (largo) tránsito a la democracia.

Desde una perspectiva histórica de no más de quince años, el balance es

positivo. En 1976 el PAN era un partido a punto de la extinción. Había sufrido escisiones y abandonos dolorosos y no presentó candidato a la presidencia. No eran mejores, en ese año, las perspectivas de la izquierda. Entre el radicalismo y el desaliento, esperaba la oportunidad

de ingresar a la vida política normal. Dos años después, gracias a la inventiva política de Reyes Heróles, la izquierda entró a la Cámara, pero el triunfalismo lopezportillista —y su propia, tradicional miopía para acercarse a la realidad con actitudes prácticas, no ideológicas— la

relegó a un papel marginal, simbólico. No había más partido que el PRI y más ruta que la oficial: ella nos conduciría por fin, gracias al petróleo y los créditos, a la era de la abundancia. A nadie, salvo a algunos escritores independientes, se le ocurría hablar de democracia. El tema no pertenecía —como se dice ahora— a “la agenda política”, ni siquiera el debate en los diarios de mayor circulación.

La debacle de 1982 cambió todo el cuadro. Desde entonces hasta ahora, sin solución de continuidad, la “ola” de la democracia ha venido creciendo o, cuando menos, se ha mantenido. Junto con el Tratado de Libre Comercio, las reformas económicas y el Programa de Solidaridad, la democracia y su instrumento natural —los partidos y las elecciones— ocupan el lugar central de la agenda y el debate en el país. Esto, a quince años de distancia, es un avance.

La afluencia de votantes en una elección como la del 18 de agosto —tradicionalmente menos concurrencia por ser de mitad de sexenio— prueba el ascenso de la conciencia democrática. Es cierto que muchos votos fueron cautivos, pero aun éstos fueron votos reales no fantasmales. Bajo cualquier criterio con que se la mire, la participación política en todos los enclaves modernos del país fue alta. Esto, en un país tradicionalmente apático y abstencionista, es también un avance.

Otro resultado positivo, a mi juicio, es la ventana abierta a la democracia en Guanajuato y ahora en San Luis Potosí. Se dirá, con razón, que la forma en el primer caso no se apegó a la legalidad, y que en ambos apuntaló al presidencialismo. Es cierto, pero lo decisivo es que los gobiernos interinos de Guanajuato y San Luis tendrán la oportunidad de propiciar unas elecciones ejemplares cuyo “efecto demostración” afecta positivamente, en una suerte de círculo virtuoso, a otros estados de la república. Guanajuato es un estado del “México viejo”, del México tradicional, que suele plegarse fácilmente a los dictados del centro. El 18 de agosto demostró que un líder cívico decidido puede cambiar costumbres e inercias centenarias. Que Baja California, Nuevo León o Chihuahua luchen por la democracia no debería ser ya, a estas alturas, una sorpresa. Que la sociedad civil de Guanajuato tome en serio su vocación “libre y soberana” sí lo es, y es también un avance.

El caso reciente de San Luis Potosí es aún más significativo. La lucha cívica del doctor Salvador Nava iba más allá de la necesaria reivindicación frente al fraude electoral: buscaba un desagravio histórico para su estado y puso la semilla para un desagravio histórico nacional. Los regímenes de la Revolución Mexicana han tenido, en su larga historia, muchos aciertos, pero en punto a democracia no han sido más que continuadores fieles del porfiriato. Nava recogió, casi al finalizar el siglo XX, una bandera que se ondeó en San Luis Potosí a principio de siglo, la misma que tiempo después recogió a su vez Madero y más tarde Vasconcelos: la bandera de la libertad política como un valor irreducible en la vida nacional.

Se ha dicho que en el caso de Guanajuato —y por extensión, el de San Luis Potosí— lo que se reafirmó fue el presidencialismo mexicano. Una vez más, de Sonora a Yucatán, se hace lo que diga el Presidente. Es verdad, pero en la situación actual de México estas paradojas son irremediables. Cuando en un país el poder político se concentra de modo casi absoluto en una persona —así sea una persona sexenal e institucional— los cambios tienen que provenir, en principio, de arriba. No es lo ideal, no es lo ético, no es lo democrático: es lo real. En la URSS, fue Gorbachov quien *desató* la Glasnost que a su vez ha sido será el soporte de la Perestroika. Fue Gorbachov

también quien *desató* las cadenas de Europa del Este. Lo hizo desde una posición de autoridad incontrastada y antideocrática, pero con propósitos democráticos indudables: como una cesión a la sociedad civil que ahora disfruta, como nunca antes en su historia, de la libertad.

Aunque nuestro sistema guarda sólo ciertas similitudes con el exsoviético, (el peor día bajo el PRI fue siempre mejor que el mejor día de PCUS), la concentración de poder en la persona del presidente es similar. De allí que la concesión de Guanajuato, arrancada o no, sea importante. Ahora corresponde a las fuerzas cívicas de Guanajuato hacer su parte. En San Luis Potosí cabe hablar mucho menos de concesión: fue un sector importante del pueblo potosino que siguió fielmente a su líder el que provocó los cambios. La voluntad presidencial, aunque decisiva, sancionó lo que la prudencia y la justicia aconsejaban.

Hasta aquí los aspectos positivos. La ruta de nuestro progreso político es aún más larga que la del crecimiento económico. El mismo gobierno que con resolución, inteligencia y eficacia enfla al país hacia la modernidad económica, ha bloqueado el tránsito hacia la modernidad política. El arcaísmo de nuestro sistema político es evidente: países mucho más pobres que el nuestro, países de verdad postrados, celebran elecciones creíbles. Nosotros celebramos —o lamentamos— elecciones increíbles,



Araña

elecciones en las que cada quien, en su fuero interno, imagina, conjetura, inventa las cifras que le parecen posibles. Nuestras elecciones, además, se llevan a cabo en un marco profundamente inequitativo para los partidos de oposición, con los dados cargados —cargadísimos— a favor del pino. Este cuadro vergonzoso debe cambiar. Quizá

en un futuro no lejano el presidente de la República se decida a desatar la potencialidad democrática de México en una especie de 18 de marzo de la democracia que convoque a su alrededor a toda la sociedad y le devuelva su soberanía. Las fuerzas sociales independientes en todo el país deben porfiar en su afirmación cívica como lo hicieron en

San Luis y Guanajuato. Llegará el día en que confluyan con la iniciativa "de arriba". O que cívicamente la fuercen. Llegará el día en que la iniciativa de arriba sea cabalmente la de abajo. Los vientos del mundo apuntan en esa sola dirección.

10 de octubre 1991

CARTA DE MADRID

## AL PASO

BLAS MATAMORO

## GENIOS Y TALENTOS

Dos siglos y medio de la muerte de Antonio Vivaldi. Radio Nacional le dedica un día entero de música. Su vasto catálogo para esto y más. Una interrupción: se transmite en directo desde Bayreuth. Wagner interpone sus walkirias en la jubilosa celebración vivaldiana, a veces mechada con melancolías del Seiscientos.

Vivaldi es un inventario barroco: experimentación con timbres, evocaciones literarias, óperas de caballería cortesana, oratorios entre sacros y profanos. Orlando canta en italiano muy parecido a como Judith canta en latín.

De pronto, una transcripción: un concierto para cuatro arcos es transformado por Bach en concierto para cuatro claves, combinación insólita donde la haya. El barroco se convierte en Bach. El veneciano es un músico de talento. La historia se vale de los talentos para definir una época. Los genios se valen de la historia para construirse como géneros. Entre 1650 y 1750, digamos, unos cuantos excelentes músicos como Vivaldi contribuyen a conformar la música barroca. En la misma época, el barroco es instrumentado por Bach para inventar a Bach.

## SACAR LA LENGUA

Se estrena, en medio de un silencio de clandestinidad, un film coproducido por España y Argentina y dirigido en Buenos Aires por el uruguayo Antonio Larreta: *Nunca estuvo en Viena*. Larreta es un experto guionista de cine y televisión,

aplicado director de teatro, autor de una novela sobre Goya, *Volavérum*, que obtuvo un Premio Planeta. Su película es una cuidada evocación de la *belle époque* argentina, en una clave que intenta conciliar a Anton Chejov con Mujica Láinez. Los "oligarcas" argentinos de 1910 se aburrían, vivían historias solapadas, jugaban con la muerte sin saberlo y eran modosos y elegantes como los personajes chejovianos.

La reconstrucción de Larreta, con el auxilio de Guma Zorrilla y Esmeralda Almonacid para trajes y ambientes, es casi microscópica. Los lugares son reales; los vestidos, como si lo fueran. Una obsesión por el objeto que recuerda a Visconti y a los hermanos Mijalkov ofrece libros, muebles, partituras, porcelanas, lámparas, alfombras, todo auténtico y usado, como para que el actor pueda hacer percibir a su criatura la "realidad" de esas cosas y motivarla según los trucos del hipernaturalismo de Stanislavski.

Pues bien, la película se exhibió en España doblada al español ¿Habrá algún espectador a quien no le haya chocado oír a esos argentinos de 1910 como si fueran vecinos del Madrid actual? ¿Hay algún español de los que concurren al cine que no sepa algo sobre la diversidad de acentos de nuestra "lengua común" y sus incontables variantes fonéticas? ¿Qué pasaría si una película española fuera doblada al argentino y la voz de un cantautor flamenco, sustituida por la de un cantor de tangos? Propongo este tipo de fenómenos como una réplica, en negativo, de las celebraciones sobre el Quinto Centenario, que son, eminentemente,

las de una lengua construida en común durante quinientos años. Una celebración de la sordera cultural y la intolerancia lingüística.

## FUJIMORISMO A LA ESPAÑOLA

En alguna nota anterior hice referencia a José María Ruiz Mateos, el empresario andaluz que obtuvo un fugaz éxito político al cosechar una buena porción de votos en las últimas elecciones al Parlamento Europeo. Ruiz Mateos ha declinado en sus intentos de hacer pininos políticos, no obstante su trágico ensayo de aplacar a Saddam Hussein durante las fintas previas a la guerra del Golfo Pérsico.

Pero el "fujimorismo" no cesa en España: el empresario y dirigente futbolístico Jesús Gil y Gil ha sido electo alcalde de Marbella por una mayoría arrasadora, que ha dejado en términos anecdóticos a los partidos de izquierda, derecha, centro, vanguardia y retaguardia.

Gil no es político profesional. Perteneció a la variante que representan el actual presidente del Perú, el boliviano Max Fernández y, de algún modo, el argentino Carlos Saúl Menem, que ha decidido hacer un peronismo basado en la amnesia de las figuras históricas de Perón y Evita, disolviendo el populismo en una ideología de la eficacia, la competitividad y el saneamiento financiero, valores empresariales donde los haya. En la misma Argentina se han postulado a gobernadores el cantante *Palito Ortega* y el corredor de coches *Lole Reutemann*.

El fujimorismo es un síntoma de la

decadencia crítica de las doctrinas. La política ha dejado de ser una actividad de dirigentes y teóricos para convertirse en una práctica de gestión. Se trata de tener eficaces gerentes y buenos "comunicadores", figuras que puedan explicar a la sociedad, en términos sencillos y rápidos, los grandes problemas del universo. Todo, con una retórica minimalista, de fórmulas pequeñas y repetitivas, acompañadas de gestos oportunos y de un tono de intimidad cuyo resultado es el de un *spot* publicitario televisivo.

Gil preside un club de fútbol, administra varias empresas, ejerce de alcalde y tiene un programa de televisión poblado de chicas semidesnudas, orquestinas de salsa, cómicos de sal gorda y entrevistas con personajes de la *jet set* marbellí. Gil, que ha estado preso alguna vez por negocios opinables en el ramo de la construcción, ha ganado las elecciones en una ciudad turística donde abundan los nombres vinculados al tráfico de drogas y armas, el "blanqueo" de dineros misteriosos, la dulzura de vivir y el lujo. Desde luego, sus mayorías no provienen de estos elencos pero da qué pensar que su fujimorismo haya tenido lugar en ese medio.

Nuestro alcalde es "directo" en su lenguaje, no ahorra palabrotas y opina sobre todo lo divino y humano. Tiene un discurso sin zonas oscuras ni solapas, como para contraponerlo al discurso de los políticos profesionales, que gastan tópicos, los convierten en promesas incumplidas y, cuando hacen negocios, intentan disimularlos con subterfugios legalistas. Gil opone a esta retórica de sobreentendidos una retórica de la "sinceridad". Él es un hombre de pueblo y no un profesional de la representación popular.

Fenómenos como el de Gil y Gil, o Ruiz Mateos, aunque puedan carecer de herencia en la vida política española, son toques estentóreos, cuando no francas pedorretas, de atención a la democracia hispánica. En un país donde cada vez hay más abstención y menor afiliación a partidos y sindicatos, donde se venden los saldos de las doctrinas como curiosidades de Rastro (o de la Lagunilla o el Bazar de los Sábados, según prefiera el lector), hay un hecho preocupante: sólo levantan entusiasmos, aislado y tal vez fugaz, pero fervoroso, estos personajes que se salen del lugar común democrático, pues no trabajan con las

instituciones sino con el "sano instinto popular", sin evitarse la autenticidad de lo soez. Hacen negocios, identifican al idealista con el mendigo y exploran el trasero de las secretarías. Son entusiastas de la desilusión, seductores de la espontaneidad, héroes del trabajo competitivo. No intentan agobiar al pueblo con explicaciones ideológicas sino que traducen, con habilidad y convicción, los secretos sentimientos del pueblo mismo. Son antipolíticos y "honestos", aunque la justicia del sistema, en ocasiones, se meta con ellos. Finalmente, es una justicia de letrados y técnicos, no de intuición popular. Y, tal vez, más al fondo, la mayoría de todos nosotros desconfiemos de la civilización a la cual pertenecemos y ahorramos un mundo sencillo, tal como no ha sido nunca, donde las cosas se dicen por su nombre y hay un lenguaje inequívoco de los sentimientos. Ahora bien: no olvidemos que esta retórica de oposición autenticidad/política ya fue ensayada por los fascismos y vaya si no sabemos con qué resultados.

#### TETA - A - TETA

Ciclos paralelos de María Félix y Sara Montiel. No las presentaré a los mexicanos, claro está, María pertenece a la raza de las diosas del cine: gigantes plateados que surgen en lugares oscuros como templos subterráneos, se muestran a la adoración de los fieles anónimos y acarrean la maldición y la desdicha del tabú a quienes osan tocarlas. De momento, sólo se me ocurre un símil, la joven Ava Gardner. En cambio, Sarita es cotidiana, verosímil, si se quiere, y vaya en su elogio: carnosa, ordinaria, vulgar. María lee los guiones de sus films con la olímpica indiferencia que empleará una divinidad en descifrar una guía de teléfonos. En cambio, Sarita es tan aplicada como torpe y todo ello se exhibe con cierta gracia *naïve*.

Eróticamente, María tiene la frigididad escultórica de los ídolos. Pierde a los hombres, pero ése es un problema de ellos, ya que María no participa en el juego, se conforma con desencadenarlo. Por oposición, Sarita abre una boca agrandada por el carmín y acaricia sus dientes incisivos con una lengua húmeda que es una impronunciable promesa.

En pleno franquismo, la Montiel, pasada por México y Estados Unidos, intentó un modelo de sexy local que no tenía

antecedentes cercanos. Y lo hizo integrándose a una tendencia que dominaba la imagen de la mujer en el cine de los cincuenta. Era la mujer que "sacaba pecho", opuesta al modelo de la mujer de los veinte y treinta, la que compitió con el varón de la entreguerra por los lugares laborales. Una mujer ésta, escasamente femenina, si se quiere, de un físico lineal y sin prominencias. En cambio, en los cincuenta, vuelven a marcarse las diferencias que señaló —pionera en esto y en otras cosas— Mae West. Aparece la *cbica pullóver*, cuyas "tetitas cucurucho" se yerguen bajo el tejido de lana. Tetitas que las italianas empiezan a poner a la luz del día o de la noche de los *plateaux* Silvana Pampanini, Gina Lollobrigida, Li-la Rocco, antes de que la cirugía plástica pusiera los apéndices lácteos de Sofia Loren a la altura de los tiempos. Tetitas anglosajonas de Marilyn Monroe, Jane Mansfield y Diana Dors. Tetitas francesas de Françoise Arnoul y Brigitte Bardot.

Sarita, a menudo, para compensar la censura franquista que vela sus escotes y protege sus robustos muslos con abanicos de plumas, se pone de perfil, de modo que midamos el adelanto de su cuerpo. Y entonces se advierte la función de los pechos femeninos como equivalentes del miembro viril, es decir la parte del cuerpo que avanza y penetra. La mujer que tiene iniciativas sexuales, cargas eróticas activas, lleva los pechos como para atropellar al varón. Se ofrece y, al tiempo, invade. Pone sus riquezas a la consideración ajena y, a la vez, avasalla. En España los pechos femeninos se suelen llamar "domingas", que es el femenino, precisamente, del día festivo, el día del ocio y del placer. Sarita y María, por caminos diversos, aparecen siempre preparadas para una fiesta, vestidas de *soirée*, creando en su derredor la noche del reposo y la coyunda. Del *tête-à-tête*. Al tomar la iniciativa, abren la caja de Pandora y difunden todos los males, entre ellos, su propio castigo. Pero el pecado no deja de ser una fiesta dominical.



## DE GABRIELA MISTRAL A GONZALO ROJAS

*Del archivo de Gonzalo Rojas hemos recibido la siguiente carta de Gabriela Mistral, sin fecha pero que debe de ser*

Caro Gonzalo Rojas:

Hace solo una semana que tengo su libro. Me ha tomado mucho, me ha removido y, a cada paso, admirado y, a trechos, me deja algo parecido al deslumbramiento de lo muy original, de lo realmente inédito. Déme algún tiempo para masticar esta materia preciosa. Usted sabe, Rojas, que yo no sirvo para hacer crítica. Hago solamente, de tarde en tarde, algunas alabanzas que poco sirven para la publicidad de tipo técnico,

*de 1948, año en que se publicó, en Valparaíso, La miseria del hombre, primer libro de nuestro amigo. La mistva está*

que es la mejor publicidad. Lo que sé, a veces, es recibir el relámpago violento de la creación efectiva, de lo genuino, y eso lo he experimentado con su precioso libro.

Téngame paciencia. Me queda un mes de México; parece que sigo hacia P. Rico, donde querría tardarme varios meses. Aquí he dado una serie de conferencias, a pesar de una salud quebradiza que alarma a quienes me cuidan.

Leeré su libro en P. Rico con Margot

*escrita en bojas de un papel que lleva impreso el membrete "729 East Anapamu Street/Santa Barbara, California".*

Arce, profesora de la Universidad que tiene para la poesía ciencia e intuición, algo muy serio y ayudador para mí. Si no "me le quedo en el camino," yo cumpliré con Ud. Aunque diario ya no tengo allá: me echaron, sin palabra, de "El Mercurio". No publicaba mis textos.

Mándeme Ud. las críticas sobre su libro. Acá "Hotel Mocambo" Veracruz, México

Acepte mis congratulaciones,

Gabriela

## LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

## VUELVE DON ELPIDIO

"Francamente —empieza su regaño habitual don Elpidio Muro Rojo— a veces no sé ni para qué escribe su sección. Es decir, ¿para qué escribe cualquier columnista como usted su columna en estos tiempos? Si se pone a hacer la crítica de la vida cotidiana, y la hace de verdad, no queda bien con nadie. Si miente piadosamente, no queda bien consigo mismo. Con razón hace tiempo que no publica mis cartas (mis "subcolumnas", como dice usted con injusta ironía), ya que están llenas de quejas por todo y contra todos. Pero así es la vida"

## EN EFECTO

En efecto, amigo don Elpidio, así, y no de otra manera, es la vida en México. Ya quisiéramos otra Marquesa Calderón de la Barca que la escribiera, en lugar de que lo hagan tantos sufridos columnistas. Pero nuestro subcolumnista exagera un poco. Que no cunda —aunque sobran justificaciones— la paranoia en nuestro Valle de México, ya de suyo una de las regiones menos transparentes del aire.

## PACHECO

Cuando andaba yo en el Fondo de Cultura Económica le pedí a José Emilio que nos diera una selección de sus "Inventarios", para la Colección Popular. Se disculpó explicando que ya tenía el compromiso de la edición con ERA. Sin embargo, ésta es la hora en que no aparecen sus siempre bien documentados "Inventarios" en ninguna editorial. Serían bienvenidos con cualquier sello.

## ¿UNA PSICOLOGÍA DEL CHISME?

Pero no se crean ustedes que ya terminó la carta de don Elpidio. Volvemos a ella, para recoger una curiosa sugerencia: "¿Por qué no organiza usted un grupo de investigadores que redacten un libro sobre *Psicología del chisme en México*? La institución del chisme no puede ser más nacional, y sus diarias consecuencias todos las hemos padecido. Hace falta un buen estudio que nos explique el fenómeno y proponga defensas o límites a la cotidiana embestida de tanto chismoso —entes individuales o bien colectivos— que arruinan famas, carreras y vidas."

## SUGESTIÓN APASIONANTE

El tema es, sin duda, apasionante. ¿Pero a título de qué podría este modesto Litoral promover, organizar o llevar al cabo tal investigación? No es ése mi campo, don Elpidio, aunque ciertamente he padecido no poco a manos —o a bocas— de chismosos.

## RUMOR

De cualquier modo, recomiendo a don Elpidio, y a quienquiera que interesándose de veras al respecto encuentre recursos para investigar y publicar, un libro que circula por ahí desde hace años. Sus autores son Gordon W. Allport y Leo Postman. Su título: *Psicología del rumor*. Lo tradujo al español, en 1953, José Clementi, para la editorial argentina Psique.

## SOLAPA

Poseo todavía mi ejemplar, en cuya solapa leo: "Observando el rumor en muy diversos planos y desde distintos puntos de enfoque, los autores echan luz en los laberintos mentales de los artifices

y sembradores de rumores, permitiéndonos captar su particular estado de ánimo, penetrar sus intenciones —conscientes o no—, situarlos exactamente en el espacio y tiempo sociales; y, en el clima que el lector va criándose al recorrer las páginas, no puede menos de sonreír al recuerdo de las innumerables veces en que ha sido ingenua víctima de ciertas especies, de alguno de esos rumores que los autores clasifican como sociales, bélicos, agoreros de sucesos inminentes, sexuales... Nos percatamos así, que no pocas veces, ignoramos de las intrincadas hebras que entran en la urdimbre y trama del rumor, echado a rodar socapa de chisme, o chiste intencionado, o solapada información periodística, nos hemos constituido en eslabones de una cadena sutilmente forjada e instrumentos de intenciones malignas."

### CHISMÓLOGOS

Como verá nuestro subcolumnista, al margen de los argentinismos de esa solapada solapa, el chisme es bastante más internacional de lo que supone. Se practica "socapa" de rumor, lo mismo en Argentina que en Brasil, en los Estados Unidos, en Europa, Asia, África y Oceanía. En todo caso, el libro de Allport y Postman acaso pueda servir a nuestros eventuales chismólogos.

### CONTRASTE

El *Boletín Bibliográfico Mexicano*, de la Librería de Porrúa Hermanos y Compañía, me trae (y así se lo acabo de comunicar telefónicamente al amigo José Antonio Pérez Porrúa) una buena noticia y una mala. La buena es que por fin aparece el tomo VI (Y-Z e índices) del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, por Joan Corominas. Y como bien supone la editorial madrileña (Gredos) que lo publica, constituye un alivio que se ofrezca este sexto tomo del DECH a las personas que adquirimos en su oportunidad los cinco volúmenes anteriores; sobre todo porque este tomo incluye los índices. Pero la mala noticia es que este tomo VI nos llega al nuevo precio: \$375 000.00 por volumen. Recuerdo la ocasión precisa en que adquirí los cinco tomos anteriores. Iba yo con Juan Rulfo y pasamos a visitar a José Antonio; allí mismo compré y pagué los cinco: me costaron todos

juntos: \$45 000.00 ¿No será verdad aquello de que "Cualquiera tiempo pasado fue mejor"?

### INTERRUPCIÓN ABRUPTA

¡Y zas! De pronto me veo obligado a interrumpir la confección de Litoral, porque lo estaba escribiendo en máquina eléctrica, y la electricidad se ha ido. En plena mañana y sin necesidad de lluvia. Como pasan las horas sin corriente, debo continuar a mano, a pluma, a lápiz, al carboncillo.

### PARIS REVIEW

El número 119 de *The Paris Review* me llega en estos momentos. A ver si consigo leerlo a la luz de una vela (aunque es de día, mi oficina es oscura, y sigue el apagón). Bueno, vale la pena. La revista trae una entrevista (como dicen los

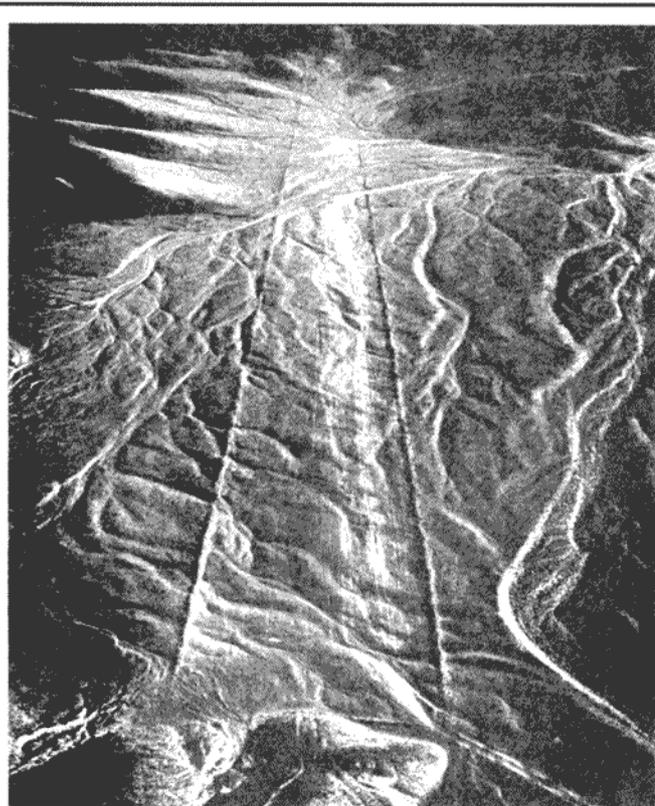
españoles, y yo empleo la palabra para evitar la rima revista - entrevista)... decíamos, trae una buena entrevista con Octavio Paz, que no trataré de resumir ni de muestrear, pues tarde o temprano se traducirá íntegra (y lo merece) al español.

### OTRAS COLABORACIONES

En el propio número, otra entrevista, pero con Günter Grass. Un capítulo (sobre su ex marido Edmund Wilson) de la autobiografía póstuma de Mary MacCarthy. De Shakespeare (pero Nicholas) un cuento titulado "La estatua". James Laughlin contribuye con unos "Versos para ser puestos en latín".

### FINAL

Y como no ha regresado la luz, aquí lo dejaremos por ahora.



*Sendero al infinito*

¿DEBE LA OEA INTERVENIR EN HAITÍ? CON 6.4 millones de habitantes, 27 mil km<sup>2</sup> y un ejército de 8 400 efectivos, esa pequeña república del Caribe no constituye ningún riesgo para la estabilidad regional. Su importancia demográfica, geográfica y militar es mínima. No sólo eso, su historia está plagada de golpes de Estado y de dictaduras.

Sin embargo, después del golpe de Estado del 1° de octubre, lo que sucede en Haití se ha vuelto crucial para el futuro de la región caribeña e incluso de Iberoamérica. ¿Cómo se explica esta paradoja? ¿Qué es lo que está en juego en Haití?

En primer lugar está a prueba la capacidad de los países latinoamericanos de tomar la iniciativa y resolver sus problemas. En segundo lugar está a prueba la democracia en el conjunto del continente.

La reacción de los Estados Unidos ante el golpe ha sido doble: por una parte, condenaron tajantemente a los militares; por la otra, se asumieron como una parte de la comunidad americana. A la pregunta de si Estados Unidos intervendría militarmente, el presidente Bush respondió con prudencia: "Estoy poco dispuesto a utilizar fuerzas estadounidenses. Tenemos una larga historia de fuerzas estadounidenses en este hemisferio, y por ello debemos ser muy cuidadosos acerca de eso y ver qué les parece a otros" (*La Jornada*, 3/8/91). Luego dijo que correspondía a la OEA considerar la posibilidad de una intervención militar. Su postura es una invitación abierta para que los países latinoamericanos tomen la iniciativa y decidan hasta dónde hay que llegar.

La política de la Casa Blanca no puede explicarse sin hacer referencia al contexto internacional: el fin de la guerra fría. Desde finales de la segunda guerra mundial, los gobiernos estadounidenses enfrentaron las relaciones y los conflictos en América Latina (y el resto del mundo) desde una sola perspectiva: la rivalidad con la URSS. Todas sus acciones se orientaban a detener la expansión soviética. La lógica era simple pero exacta; no admitía más que dos términos: amigos y enemigos. Llevada al extremo podía ser más radical: quien no está conmigo

está contra mí. No había mucho espacio para terceras posiciones.

Este esquema se ha roto definitivamente. El nuevo contexto internacional es el que explica tanto la actitud de los Estados Unidos ante el golpe militar en Haití, como la decisión unilateral del presidente Bush de eliminar los arsenales nucleares. Se trata de un giro radical.

El nuevo orden mundial se basará en equilibrios por áreas geográficas: Europa, el Medio Oriente, Oriente, América Latina (norte y sur). Los países de cada región pueden jugar un nuevo papel y asumir la iniciativa para resolver sus propios problemas. Pero si los gobiernos de cada región —los latinoamericanos en particular— no toman la iniciativa, la tomará otro. Hay que agregar que no basta con que existan iniciativas colectivas, es necesario que sean efectivas.

Haití sentará para bien o para mal un precedente. La derrota de los golpistas y el regreso a la legalidad tendrá un efecto disuasivo sobre las fuerzas conservadoras en ésta y en otras repúblicas. De lo contrario, si se impone la violencia, se hará evidente la debilidad de los regímenes democráticos.

Se ha dicho que la fragilidad de las democracias tiene que ver con el subdesarrollo. Esto es cierto para el caso haitiano y para otros muchos países latinoamericanos. La pobreza y las desigualdades sociales no son el mejor contexto para la libertad política. Para que un régimen democrático sea estable es indispensable que exista un mínimo de bienestar económico y social.

No es correcto, sin embargo, utilizar este argumento para evadir las responsabilidades. El aquí y ahora de la democracia en Haití depende de que se restaure al gobierno legítimamente electo. Aludir al subdesarrollo equivale a eludir el problema fundamental. Sólo una vez que el Estado de derecho haya sido restituido tendrá sentido plantearse cómo contribuir al desarrollo socioeconómico.

Quienes se oponen a la intervención lo hacen en nombre de la autodeterminación de los pueblos. Argumentan que una intervención militar equivale a la

violación de la soberanía. Pero la soberanía nacional se define hacia el exterior y hacia el interior. Cada pueblo tiene el derecho de decidir el tipo de gobierno que le conviene. Pero para que el pueblo exprese su voluntad es necesario que existan reglas democráticas. Sin ellas podemos tener gobiernos soberanos, pero no pueblos soberanos.

Se puede atentar contra el derecho a la autodeterminación de un pueblo desde el exterior, pero también desde el interior. Negar el Estado de derecho, derrocar a un gobierno legítimo, es suprimir la soberanía popular. En otras palabras, es la junta militar la que ha violado el derecho a la autodeterminación del pueblo haitiano. Una intervención multinacional con el propósito de restaurar el Estado de derecho, es decir, al gobierno electo democráticamente, no puede considerarse una violación de la soberanía. Más bien todo lo contrario.

También hay quienes se oponen a la intervención porque temen por Fidel Castro: hoy Haití, mañana Cuba. La extrapolación carece de sentido. Los costos de una operación militar en Cuba serían incalculables. Muchos países latinoamericanos se opondrían. ¿Cuántos estarían dispuestos a participar en semejante fuerza multinacional? Venezuela, uno de los principales promotores de la intervención, se ha manifestado abiertamente contra una en Cuba. Además, no es lógico temer que los Estados Unidos, por su cuenta, invadan Cuba. El régimen castrista no podrá resistir sin la ayuda soviética. Su presencia en el Caribe no representa ningún peligro para los Estados Unidos. Asumir, con éxito, las responsabilidades en el caso haitiano sería el mejor camino para buscar después una salida a la crisis cubana.

Una última consideración, si el continente empieza a moverse en el sentido de un acuerdo de libre comercio, ¿por qué negarse a encontrar nuevas formas de cooperación para defender la democracia y el Estado de derecho? Invocar las viejas fórmulas y los viejos temores no tienen sentido: no es una respuesta adecuada al nuevo entorno mundial.

## PASEO POR UN PRESUPUESTO

GUILLERMO SHERIDAN

¿Y quién moraba en el castillo?  
Kafka.

ESTE ES UN CASTILLO DESCOMUNAL. ADENTRO hay un centenar de mandarines que lo administran. Éstos tienen a su servicio decenas de miles de empleados que hacen las compras, llevan las cuentas y los archivos, amplían el palacio, lo cuidan y le ponen estatuas a los jardines; dentro del palacio hay estadios, museos, salones de diversión y tiendas que venden jamón y sosa cáustica; la policía merodea por aquí y por allá atenta a la seguridad. ¿Quién vive en este castillo? Un montón de maestros e investigadores menesterosos que piensan, investigan y educan a unos inquilinos que estudian ahí.

Esta imagen idílica es la que deja el repaso del presupuesto de la Universidad Nacional Autónoma de México para 1991.\* Es un tomo imponente: 301 páginas que contienen buena parte de los números disponibles en la capital del país. Lo que sigue son algunas notas tomadas al vuelo frente a ese presupuesto por un lego que se pregunta por qué si este castillo de la sabiduría es tan imponente, a él y a los otros moradores les va como les va.

El presupuesto del castillo para 1991 fue de 1 billón 639 539 millones 347 pesos con cero centavos. De esta cantidad, el 74% es para pagar los sueldos de los moradores, de los empleados y de los mandarines (y sus carros, sus choferes, las televisiones Sony de sus oficinas y sus gastos de representación); el 23% es para pagar servicios, artículos y materiales de consumo, mobiliario y equipo, y el 3% restante es para apoyar todo lo anterior.

El tomo que describe las asignaciones presupuestales del castillo da fe de la variedad de campos del conocimiento científico y humanístico en que los moradores se atarean tanto en el castillo como en sus delegaciones en todo el país.

Es un mapa de curiosidad inconmensurable que se aplica lo mismo a la tectónica del Bajío en Guanajuato que al desciframiento de los glifos mayas, a la fijación del nitrógeno que al trasplante de pulmón. Los moradores estamos orgullosos de lo que hacemos.

El problema del castillo es que los mandarines y los empleados cuidan demasiado a los moradores. Por ejemplo, por cada peso que los mandarines les dan a los moradores para que investiguen disciplinas humanísticas, se guardan treinta centavos para ayudarlos a que se "superen, estabilicen y formen integralmente", pues los mandarines han decidido que los moradores tienden a estancarse, a irse de lado y a no ser íntegros.

La Dirección de Protección a la Comunidad le cuesta al castillo 31 000 millones de pesos al año, lo que significa que por cada peso dedicado a la investigación en humanidades hay cuarenta centavos dedicados a proteger el castillo. Los salarios de los moradores subieron el 40% entre 1989 y 1991, pero la dirección encargada de "Inmuebles y construcciones" recibió, en el mismo lapso, un aumento del 176 por ciento para agrandar el castillo. Por cada peso que se le paga a un profesor de asignatura emérito (el presupuesto para este rubro es de 13 millones al año), se le pagan ochocientos pesos a un empleado del Sistema de Tiendas de Autoservicio (11 000 millones al año). En resumen, por cada peso que se paga a los moradores, se le pagan cerca de sesenta centavos a los mandarines y a su personal administrativo de base, de confianza y de tiempo determinado. Y los "Órganos de dirección", es decir las oficinas del secretario general, del administrativo, del auxiliar, del de servicios, del abogado, del patronato, del tesorero, de las direcciones de la tele, la información, el radio, el fomento editorial, las tiendas, la protección, la planeación, la programación y la presupuestación, el patrimonio, la proveeduría, la legislación, los asuntos jurídicos, los laborales, las obras

y servicios y los servicios institucionales, se lleven al año, en sueldos, 156 000 millones, es decir, el diez por ciento de presupuesto global del castillo (el presupuesto no especifica cuánto ganan los mandarines).

Aquí se puede comentar que el Programa de Estímulos a la Productividad Académica, que los mandarines instauraron para "mejorar" los ingresos de los moradores que realizan casi toda la investigación científica y humanística del país, tiene un presupuesto de 13 000 millones al año, que suma casi lo mismo que se llevó en el mismo lapso la Dirección General de Finanzas a cambio de hacer finanzas.

Dentro de todo, hubo todavía algunos centavos para los deportes que tanto gustan en el castillo. La Dirección de Actividades Deportivas contó con un presupuesto de 12 690 millones, la mitad de los cuales son para pagar sueldos (por ejemplo, del maestro de jabalina) y la otra mitad para pagar artículos, materiales de consumo, mobiliario y equipo, inmuebles y construcciones (es decir la jabalina, el aire por el que va a volar, el estadio donde se van a sentar los que la van a mirar cuando vuela y el pasto donde va a clavarse, varios metros antes del récord mundial). Los sueldos de los deportistas suman la cuarta parte de los de todos los investigadores de carrera ordinarios de ciencias y humanidades en la UNAM.

Finalmente, hay que apuntar que la Dirección General de Programación y Presupuestación, que fue la que realizó este presupuesto, se asignó a sí misma 2 777 millones. Y que si el morador quiere quejarse, más vale que lo medite: la Defensoría de los Derechos Universitarios tiene un presupuesto de sólo 457 millones.

Todo está muy bien, pero algo pasa: los moradores, a pesar de tanto mimo, se evaden de esta jaula de oro en pos de ingresos decentes. Poco a poco se corre el riesgo de que sólo los mandarines y sus empleados se queden en el castillo. ¿Qué hacer? fundar otra dirección encargada de recordar para qué fue que, originalmente, se creó el castillo.

\* UNAM, *Presupuesto 1991*, sin autor, sin fecha, sin índices, sin ISBN, sin relación de tiraje.